

SECCION DOCTRINAL

FERRO-CARRILES

Urgente necesidad de proveer á la seguridad de los trenes de viajeros.—Indicacion de un medio práctico y eficaz.

I

En el número anterior, segundo de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, se ha dado conocimiento de un atentado recientemente cometido por una partida de salteadores, los cuales, cortando el ferrocarril de Andalucía entre Valdepeñas y Manzanares, y deteniendo bárbara y violentamente todo un tren de viajeros, robaron los caudales que en él se conducían, y tuvieron como aprisionados por muchas horas (que les haría eternas el susto y la agonía) á los que por su desgracia venían en él. Estos debieron á la indulgencia, y—se debe así decir, por triste que sea el enunciarlo—á la generosidad de los malhechores, la salvación de sus personas y la conservación de lo que traían consigo. No obstante, los más esforzados, que quisieron cumplir con su heroico deber, como los dos individuos de la benemérita Guardia civil, obedecer otros á la voz de su pundonor, como el militar que de tránsito iba en el tren mismo, y responder algunos á la inspiración de un sentimiento varonil de noble indignación y justa defensa, ya saben nuestros lectores, por lo que en el número anterior dijimos, que fueron muertos ó heridos, y dominados los demás por el terror y la incertidumbre entre las tinieblas de la noche y la soledad de un despoblado. Cuanto se clame por los hombres honrados en contra de sucesos tan irritantes y bochornosos será poco, mientras no se consiga el evitar para siempre su repetición. De otro modo nos encontraríamos en plena sociedad moderna sujetos á la fuerza y la barbarie de un estado anti-social, porque faltaría el primero y más importante de los bienes que, comprándolos,—es verdad—algo caros á veces, produce el vivir en una sociedad constituida; es decir, la seguridad personal.

Necesítase, pues, urgente, urgentísimamente buscar y adoptar un medio práctico y eficaz, que evite y haga imposibles tales atentados, y que dé seguridad y tranquilidad á los ánimos. Afortunadamente puede hallarse, según creemos, para el caso presente, un medio de precaución y defensa, sencillo, eficaz, y que no en todos los de esta índole es fácilmente asequible. Suele decirse, y se dice con verdad, que «no vive el leal más que lo que quiere el traidor.» En calles, paseos, teatros, templos ó plazas, arriesgando su propia vida, ataca y ofende la ajena un malhechor desalmado. El castigo, que sirve de escarmiento y prevención para otros crímenes futuros, no evita ni remedia el ya cometido, ó el que quierán cometer, los que desprecien aquel castigo. Pero en el caso de que se trata, repetimos, el remedio eficaz y preventivo, no ya sólo para castigar en el acto el daño hecho ó que se intente hacer, sino para evitar hasta el propósito de intentarlo, es posible y es fácil; y siéndolo, es urgentísimo é indispensable el adoptarlo.

Veamos si es practicable y sencillo el que vamos á proponer. Al hacerlo, cumplimos con el deber que desde el primer momento de su aparición tiene contraído la REVISTA, de contribuir por su parte á *la defensa* de todos los intereses sociales, y más y con más enérgicos clamores, á los de aquellos, cuyo quebranto alarma la vida pública y privada de las sociedades.

Lo mismo realizará á su vez la ASOCIACION PARA LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, que no en balde lleva este título.

Y no importa que el medio que proponemos (no como el único, ni como el mejor siquiera) parezca mal á los que han de aplicarlo; con tal que el gobierno, las autoridades, las empresas, los encargados en primer término de evitar los males que lamentamos, hallen y adopten otro mejor, que por su facilidad y baratura se preste á su inmediata aplicación.

II

A nuestro ver, sería precaución segura y remedio completamente eficaz, y desde luego practicable, el siguiente:

1.º En los trenes de viajeros de las líneas de ferro-carriles en que se considere necesario, debe haber un coche de 2.º ó 3.º clase, que tenga un piso segundo, ó departamento superior sobre

el ordinario, como para otros fines los tienen los de Cádiz á Sevilla, de París á Versalles, y otros, en la temporada de verano.

2.º Este coche, en su parte superior ó segundo piso, ó todo él, segun más convenga, deberá estar construido de la manera que los inteligentes juzguen más á propósito para que sea una ligera fortaleza ambulante, y con las dimensiones que permita la elevacion de los túneles de cada vía. Nosotros creemos que convendria estuviere acorazado ó forrado con planchas de hierro del espesor puramente necesario para ser impenetrables á las balas de fusil, y con troneras ó aspilleras que enfilasen los flancos del tren y dominaran ademas el espacio al alcance de los proyectiles en todas direcciones. Para este objeto deberia tambien, á nuestro juicio, ser algo más ancho en su parte superior y cerrado en todos sentidos con puertecillas que pudieran asegurarse por dentro para hacerlo inaccesible.

3.º Para hacer más difícil y remoto el que llegara este coche á sufrir descarrilamientos, aunque los sufrieran los otros anteriores y la máquina, convendria colocarlo al extremo posterior del mismo tren.

4.º Y en cada uno de estos coches, que para cada tren llamaremos coche-fortaleza ó coche de seguridad, debieran ir relevándose de trecho en trecho, segun las reglas de este servicio establecieran, una, dos ó más parejas de guardia civil aprovisionadas de superabundantes municiones para el caso de una larga defensa, como la que desgraciadamente ha tenido lugar en el suceso tristísimo de Valdepeñas con el heróico cabo de la guardia civil; cuyo instinto le hizo improvisar un género de defensa en el furgon de equipajes, semejante al que nosotros proponemos; pero con la inmensa desventaja de tener en la techumbre de su albergue un agujero, por donde fué dominado y derribado á tiros.

III

Tan sencillo, tan barato, tan fácil medio de llevar la tranquilidad á los ánimos, y la seguridad á las personas y los intereses de los viajeros, de las empresas y de los que remiten caudales por medio de ellas, es de éxito á nuestro parecer infalible; por-

que evitaria desde luego, en primer lugar atentados como el que se acaba de cometer, y en segundo lugar hasta los conatos de ellos; consiguiéndose de este modo establecer absoluta y completa seguridad respecto de los ataques de los malhechores, que si un día se creyeron imposibles, como debían serlo, hoy la experiencia dice por desgracia que no lo son.

Se dirá tal vez que es triste y vergonzoso para un país armar, aunque sea por fácil medio, los trenes de sus ferro-carriles como en estado de guerra; pero más triste y vergonzoso sería que por no hacerlo, llegara el caso de no poderse viajar en ferro-carril.

Creemos que de la manera indicada, no sólo el asalto, sino hasta el conato, el intento, se evitarían. Tal vez no sea esto del todo seguro, según nosotros hemos creído, porque nada en lo humano lo es, y porque en materia de arrojó, tratándose de españoles, no se puede tener por imposible ningún acto de valor, ya se le dé una dirección que conduzca al noble y generoso heroísmo, ya marchando á la ferocidad y la barbarie, se le encamine por alguna inspiración miserable hácia la carrera del saltador, que nuestra excelente Guardia civil había logrado ya desterrar de nuestro suelo. Pero lo que sí se puede asegurar es que el nuevo conato de esta clase de robo, resultaría estéril; y á la primera lección severa que dieran á los criminales los guardias (los cuales sólo por una rara casualidad podían sufrir daño), dejando tendidos en el campo de su inicua agresión á unos cuantos foragidos, se desistiría de intentarlo más. Ciertamente que el aumento de la Guardia civil, que pedimos en el número anterior, y seguimos y seguiremos pidiendo, para encomendarle la custodia de los campos, alejaría muchísimo la posibilidad de que los malhechores se agrupasen en ningún punto, ni tuviesen espacio de tiempo seguro para cortar un ferro-carril, aprisionar guarda-vías, ni esperar la enorme presa de un tren en su audaz emboscada; pero es todavía más cierto que el coche-fortaleza ó coche de seguridad, de coste tan insignificante para las empresas, con la pareja ó parejas en él colocadas, que podrían hacer el servicio de orden público en las estaciones subalternas, en donde no hubiera fuerza de la Guardia civil, y auxiliar en caso necesario á las otras parejas, en donde las hubiera, y el aumento además que reclamamos para la custodia urgentísima de los campos, de esa fuerza civil

protectora, no distraída por nadie ni para nada del objeto de su instituto, ambas cosas juntas harían imposible la repetición del mal.

Esto anhelamos, esto pedimos, esto tienen obligación y propósito de reclamar enérgicamente la Revista y la Asociación, que llevan por nombre LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD,

JUAN BRAVO MURILLO.

Escrito lo que precede, nos vemos obligados á completar este artículo con tristes y nuevas noticias, que vienen desgraciadamente á confirmar la necesidad y urgencia de lo que proponemos. La repetición de atentados contra los trenes de ferrocarril, prueba que existe un plan general de criminal ataque contra ellos. Enfrente de ese criminal ataque, se necesita una inmediata defensa. Nosotros la proponemos. A otros toca el aplicarla sin tardanza ni vacilaciones.

Hé aquí las noticias, tomadas de dos diarios de esta capital:

«Un grupo de hombres armados dió en la noche de ayer 12 viernes la voz de alto al tren de Andalucía que llegó á la estación de Madrid á las once próximamente.

»El suceso tuvo lugar entre los kilómetros 4 y 5; es decir, casi á las puertas de la capital, y los criminales, pues debe suponerse que lo eran, habrían conseguido su objeto, si el conductor del tren, en vez de intimidarse, no hubiese forzado la velocidad y avanzado resueltamente sin hacer caso de las amenazas que le dirigían.

»El gobernador, en cuanto tuvo noticia del atentado, envió alguna fuerza de la Guardia civil en persecución de los salteadores; pero no se concibe que se registren hechos de la naturaleza del que narramos á tres cuartos de legua de Madrid y en un trayecto tan frecuentado.»

«Parece que anoche arrancaron una barra en el ferrocarril de Zaragoza, entre Sigüenza y Guadalajara. Por fortuna fué en un sitio donde el desperfecto no podía tener grandes consecuencias, y además pasó casualmente un tren de mercancías ántes que el de viajeros. Este ha sufrido el retraso consiguiente para hacer la compostura.»

Ante tales sucesos, aunque hubiese alguna inexactitud en los accidentes referidos, no es necesario añadir ni una sola palabra más.

JUAN BRAVO MURILLO.



EL POSITIVISMO MATERIALISTA

III

Si hemos dicho arriba que todo hombre de buena voluntad, *siquiera sea racionalista*, debe luchar contra el positivismo materialista, es porque creemos que puede ser más ó ménos útil y aceptable el concurso de todo hombre de buen sentido moral y social, cuando se trata de combatir errores de tanto bulto, y sobre todo errores que tan funestas consecuencias llevan consigo en el órden moral y social. Empero esto no obsta para que creamos que el concurso del racionalismo, siquiera se apellide este modo y espiritualista, es por necesidad lógica un concurso relativamente estéril, infecundo é ineficaz, y esto por dos razones principales, entre otras: 1.^a, porque su movimiento ó desarrollo histórico envuelve un pensamiento de hostilidad encubierta contra el espiritualismo de la filosofía cristiana, verdadera y completa antítesis del materialismo positivista: 2.^a, porque el espiritualismo racionalista es un espiritualismo esencialmente incompleto, incapaz por lo mismo de resistir de frente al materialismo, ni de parar sus golpes.

Que al finalizar el siglo XVIII y en los primeros años del actual, la Europa se hallaba encorvada, dominada, subyugada por la filosofía sensualista y materialista, es un hecho de indiscutible certeza histórica, como lo es también que durante la primera mitad del presente siglo se ha realizado un movimiento de restauracion en sentido espiritualista y de reaccion contra el materialismo. Y es digno de notarse que este movimiento de restauracion no debió su origen ni su primer impulso á la filosofía, sino al Cristianismo. La reaccion espiritualista manifestóse en el espíritu público ántes que en las cátedras de filosofía.

Mientras estas seguían enseñando la doctrina de la sensación y de la materia, apareció en medio de la Europa un libro que hizo vibrar sus fibras con fuerza desconocida, determinando en el mundo de la ciencia y de la moral una reacción enérgica contra una filosofía que asfixiaba las almas y ahogaba sus más nobles sentimientos. El cantor de *Los Mártires*, al publicar su *Genio del Cristianismo*, produjo profunda sensación y reacción inmensa en el espíritu público, porque este libro, sin ser de gran valor intrínseco, hacía brillar á los ojos del alma abatida, envilecida y violentada por el sensualismo y el materialismo, la luz de la verdad y del bien que estas teorías le arrebatáran; era la repercusión sonora de la aspiración á la verdad, al orden moral, á Dios, que se agitaba sordamente en el fondo de la conciencia humana. La impulsión estaba dada, y Bonald, Maistre, Lammennais, Montalembert, Lacordaire, Augusto Nicolas, Balmes y Ráulica, uniendo sus esfuerzos y trabajando de consuno bajo la gloriosa enseña del Catolicismo, arrollaban más y más al sensualismo racionalista bajo todas sus formas y manifestaciones, y hubieran hecho desaparecer, á no haber sido detenida y retardada su marcha por el racionalismo panteísta en primer término, y por el racionalismo espiritualista en segundo lugar.

Nada necesitamos decir del primero, después de lo que dejamos consignado sobre el hegelianismo. ¿Qué hacía entre tanto el racionalismo espiritualista? Hélo aquí en pocas palabras.

Sorprendido y como arrastrado por el movimiento general hácia el espiritualismo cristiano provocado por Chateaubriand, continuado, sostenido y acrecentado por los sucesores de este, unió su voz tardía á la de estos, protestando con más ó ménos fuerza contra las teorías sensualistas y materialistas, de una manera tímida y vergonzante primero por boca de Laromiguiere, de una manera

más decidida y vigorosa por boca de Royer-Collard, de Maine de Birán, de Cousin, de Jouffroy, Damiron y demas adeptos y partidarios de la escuela escocesa y de la escuela ecléctica. Colocándose á la cabeza del movimiento espiritualista iniciado por el *Genio del Cristianismo*, estos filósofos contribuyeron á su desarrollo en el terreno científico; pero por desgracia, solo uno de ellos supo asimilarse completamente la verdad de la filosofía espiritualista. Solo Maine de Birán supo llegar en alas de su génio, y sobre todo de su buena fe y sincero deseo de la verdad, hasta el espiritualismo cristiano, que es el único verdadero, el único completo, el único sólido y filosófico. Porque hoy, despues de la publicacion de las obras póstumas de este escritor, no cabe dudar que la filosofía cristiana y el espiritualismo creyente representan la última evolucion de su razon, la última etapa de su movimiento ascendente en la investigacion de la verdad.

¿Qué hacian entre tanto sus colegas? Dominados por la preocupacion racionalista y anticristiana, deteníanse bruscamente en medio de su carrera. Sin atreverse á llegar á las últimas deducciones espiritualistas que imperiosamente reclamaba la lógica, impedian, retardaban y hasta contrariaban directamente la restauracion y afirmacion del espiritualismo cristiano. En medio de sus deferencias más ó ménos interesadas hácia el Cristianismo, el eclecticismo, representante legítimo de este racionalismo que se complacia en apellidarse espiritualista, dirigia contra la religion católica ataques tanto más peligrosos en el fondo, cuanto más disimulados, indirectos y como velados por formas corteses se presentaban. Proclamaba la utilidad y necesidad del Cristianismo para la educacion y moralidad de las masas, pero negaba al propio tiempo con formas más ó ménos suaves su divinidad. Recomendaba y aprobaba el acuerdo entre la filosofía y la religion católica, pero sin perjuicio de dirigir contra la última ataques más ó ménos

disfrazados, fingiendo combatir al misticismo. La filosofía, decían sus adeptos, no debe marchar subordinada á la religion, ni siquiera al lado de esta, porque la filosofía es en realidad superior á la religion, como la razon refleja es superior á la razon espontánea. En una palabra: para el eclecticismo, la razon humana no solo es absolutamente independiente y autónoma, sino superior á la religion; el Cristianismo, una forma pasajera é incompleta de la verdad, que debe desaparecer en un período más ó menos largo para dar lugar á la filosofía, expresion genuina, completa y única de la verdad humana y de la verdad divina. El órden sobrenatural y divino, proclamado por el Catolicismo, es una hipótesis buena, porque es útil para dirigir las masas; es una verdad, porque es una ficcion provechosa; pero su dominio se reducirá paulatinamente á medida que la filosofía ensanche el suyo, para desaparecer completamente cuando el género humano haya aprendido á pensar ó filosofar.

Tal es en resumen el pensamiento sintético de los principales representantes del eclecticismo con respecto á la Religion cristiana ó revelada; y escusado es añadir ú observar que este pensamiento coincide en el fondo con el pensamiento de los enemigos más decididos y encarnizados del Cristianismo. ¿Qué más pueden desear el panteísta y el materialista, el solidario y el afiliado de la Internacional? Negada la existencia del órden religioso-divino; negada la divinidad del Cristianismo, y afirmada la necesidad de su sustitucion por la filosofía, la diferencia entre el ecléctico por una parte, y el materialista é internacionalista por otra, se reduce á bien poco; se refunde en una cuestion de forma y de oportunidad. El primero quiere despedir al Cristianismo en su dia, cuando la filosofía se encuentre en estado de recoger su herencia; los segundos quieren que esto tenga lugar inmediatamente: el primero desea que la despedida no sea brusca ni preci-

pitada, y sobre todo, que se verifique guardando las formas y con toda la política posible: los segundos van derechos al objeto, y les importa poco que la despedida tenga lugar en medio de torrentes de sangre y al resplandor de las llamas alimentadas por el petróleo, con tal que se ejecute pronto y se consiga el objeto.

Y no se crea que esta afinidad real con lo que pudiéramos llamar partidos radicales de la filosofía, sea propia y exclusiva del racionalismo semiespiritualista de los antiguos eclécticos: el racionalismo espiritualista moderno, ó que pretende pasar por tal, el racionalismo contemporáneo, representado por Saisset, por Julio Simon, por Lemoine, por Leveque, por Janet y demas racionalistas de nuestros días, acaricia las mismas ideas y mantiene las mismas relaciones de afinidad, por no decir de identidad, con las escuelas revolucionarias y avanzadas. Véase en prueba de ello cómo se espresa el primero, al esponer la misión de la razon y de la filosofía en sus relaciones con la verdad religiosa ó cristiana.

«La distincion entre las verdades naturales y las sobrenaturales, es para nosotros una distincion completamente artificial. La verdad se muestra aquí bajo la forma de una religion; allá bajo la forma de una filosofía.

A través de esta variedad de formas, la razon conserva su identidad; permanece siendo la fuente única de lo verdadero, inmutable en su fondo, variable y progresiva en sus manifestaciones; divina por sus leyes y su esencia, humana por sus formas variables é imperfecciones necesarias.

La filosofía, que es la razon bajo su forma refleja, abraza por lo tanto toda la verdad. Su mision es comprenderlo todo y esplicarlo todo, sistemas religiosos, sistemas filosóficos, teología, ciencias, símbolos, cultos... Nosotros concedemos todo esto; pero la cuestion consiste ahora en elegir entre estos dos métodos: el uno que con-

siste en estender cada dia el ejercicio del ministerio espiritual de la filosofía por el movimiento regular de las ideas, por medio de una crítica sosegada y profunda de las instituciones religiosas: el otro que quiere trabar desde luego una lucha violenta, provocar la caída de instituciones respetables, sin saber cómo ni con qué llenar en seguida la laguna inmensa que se habria dejado en las almas.»

Como se ve, la tesis racionalista de Saisset es idéntica con la tesis de Cousin y de su escuela, y, lo que importa más á nuestro propósito, una y otra coinciden en el fondo con la tesis de las escuelas más revolucionarias, avanzadas y radicales contra el espiritualismo cristiano, de las cuales sólo se hallan separadas por cuestiones secundarias y de forma, más bien que de fondo.

Hé aquí por qué hemos sentado arriba que el concurso racionalista y el combate del espiritualismo anticristiano contra el materialismo, son por necesidad lógica é indeclinable, ineficaces, infecundos y relativamente estériles.

Es preciso no hacerse ilusiones: la historia y la lógica demuestran de consuno que si la filosofía espiritualista ha de luchar con ventaja contra la filosofía materialista, es necesario que se haga cristiana, porque sólo asimilándose la verdad cristiana, será verdaderamente espiritualista.

La lucha del espiritualismo contra el materialismo no puede ser eficaz, fecunda, victoriosa y regeneradora, sino á condicion de hallarse informada por el Catolicismo, que es la religion del espíritu: el triunfo contra las diferentes formas de la filosofía negativa, el escepticismo, el materialismo, el panteísmo y el ateísmo, no puede conseguirse, y sobre todo, no puede ser decisivo, estable, ni fecundo en el orden moral social, si no recibe vigor y fuerza del espíritu cristiano ó divino, único capaz de vivificar las ciencias, las costumbres y las sociedades. ¿Qué puede esperarse, además, en esta lucha gigantesca del error contra

la verdad y de la revolucion contra el órden que hoy presenciarnos, de una filosofía que, en medio de sus pretensiones espiritualistas, tiende una mano al panteismo y otra al positivismo?

Porque ello es cierto que la filosofía racionalista prepara el camino y da fácil entrada al materialismo positivista con sus negaciones relativas al espiritualismo cristiano y á la verdad católica. Al rechazar los dogmas cristianos á causa de su incomprendibilidad, de su forma misteriosa y de su elevacion sobre la razon humana, autoriza indirectamente al positivista para rechazar y negar los misterios filosóficos que nos presenta la metafísica acerca del infinito, y la psicología acerca del alma humana. El racionalista que rechaza y niega los milagros no tiene derecho para exigir del materialista el reconocimiento de la creacion, que es el primero y el mayor de los milagros. La oracion es la expresion más universal y legítima de la relacion del hombre con Dios, y una de las deducciones más aparentes y lógicas de la existencia divina; y ello es indudable que el racionalista, al negar la utilidad y la eficacia de la oracion, suponiendo que no puede ser eficaz á causa de la inmutabilidad de las leyes naturales y de la voluntad divina, prepara el camino al partidario del positivismo materialista para afirmar que el mundo se rige por la ley del fatalismo, y que es una ilusion la libertad humana. En suma: el racionalismo espiritualista, al separarse del espiritualismo cristiano, queda parcialmente desarmado, sin poder parar los golpes del materialismo; siendo digno de notarse que los mismos adeptos más ó menos exactos y parciales de este se han apercebido de la debilidad relativa y de la inconsecuencia inherentes al espiritualismo racionalista. «Rogamos humildemente, escribe Vacherot, á nuestros amigos de la escuela espiritualista que nos expliquen semejantes misterios filosóficos ántes de levantar el grito contra los misterios de la

teología ortodoxa. No vemos en verdad que la *creacion* de la materia sea más inteligible que la *encarnacion* de la Divinidad; ni que sea más fácil comprender el ser, la vida, el pensamiento fuera del espacio y del tiempo, que la unidad de tres personas divinas en una sola y misma naturaleza. Puede decirse que, bien mirado, hallaremos que los misterios de la teología, tomados como símbolos, encierran una idea y una verdad, al paso que en el fondo de una *cierta metafísica* no encontramos más que contrasentidos.»

El espiritualismo racionalista no ha podido librarse de esta acusacion de inconsecuencia, sino haciendo una especie de conversion hácia el panteísmo, al cual se aproxima evidentemente Janet, uno de sus principales representantes, lo cual demuestra la verdad de lo que ántes hemos consignado acerca de la tendencia y como gravitacion espontánea del racionalismo espiritualista hácia el panteísmo. Véase sino el siguiente pasaje del citado M. Janet: «La creacion *ex nihilo* es un misterio incomprendible que no queremos ni afirmar ni negar: está fuera de la ciencia. La unidad de sustancia es un dogma oscuro y vago, tan oscuro como es la nocion misma de sustancia. Esta doctrina responde á una necesidad de la imaginacion, no de la razon. Se quiere saber de qué tela están hechas las cosas, y se cree que Dios las compone con su sustancia, como un sastre hace un vestido con paño. A esto responden los teólogos que el paño salió de la nada: pero para los unos y para los otros es necesario el paño. Nosotros no afirmamos ni negamos la unidad de sustancia; no comprendemos esta unidad, ni tampoco la doctrina opuesta. Piénsese como se quiera sobre esto, porque la filosofía espiritualista no toma cartas en este punto.»

Ó nosotros no sabemos leer, ó la doctrina consignada en este pasaje se halla muy cerca del panteísmo. Cuando ni se afirma ni se niega la creacion *ex nihilo*, y sobre todo

cuando ni se afirma ni se niega la unidad y distinción sustancial entre Dios y el mundo, se hace una profesión, por lo ménos implícita, de panteísmo. No afirmar positivamente, ó abandonar la distinción real y sustancial entre Dios y las criaturas, equivale á proclamar la consustancialidad de estas con aquel, y consiguientemente á no reconocer la distinción entre lo finito y lo infinito, entre lo humano y lo divino, entre el mundo y Dios. ¿Qué más puede exigir ó desear el panteísmo?

En conclusion: el espiritualismo racionalista es impotente para luchar con ventaja y resultado contra el materialismo positivista, porque aparte del lado flaco que presenta á los ataques de este, no puede conservar la posición intermedia que afecta tomar entre el materialismo y el espiritualismo cristiano. La historia y la lógica demuestran de consuno que esta posición es insostenible por mucho tiempo; porque si no se transforma é identifica con el Cristianismo, se acercará insensiblemente al panteísmo. Tal es la síntesis de las reflexiones en el presente párrafo consignadas.

(Se continuará.)

FR. ZEFFERINO GONZALEZ.

¿QUÉ ES LA INTERNACIONAL?

I.

Grandemente preocupado el sentimiento público con la aparición de esta Sociedad, que amenaza romper todos los vínculos que sostienen la comunión ordenada en que vivimos, ha llegado á sobrecogerse y extraviarse, hasta el punto de juzgar á la Internacional como una calamidad aterradora, si no imposible, muy difícil de resistir. Preciso es por tanto disipar estas apreciaciones vulgares, que, acogidas con facilidad y dándoles paso sin contradicción, lle-

gan por su pavoroso efecto hasta arraigarse en las clases que se dicen inteligentes.

La Asociación de que vamos á ocuparnos viene hoy á atacar la sociedad en sus bases fundamentales; ataque de la misma índole y naturaleza que los que repetidamente han venido formulando las doctrinas disolventes desde hace mucho tiempo; y no habiendo triunfado estas doctrinas en el transecurso de muchos años, de esperar es, para bien de la humanidad, que hoy no tengan mejor fortuna. Procuremos, por tanto, llevar la tranquilidad á la conciencia pública, para que, analizando y estudiando el siniestro fenómeno que con tan terrorífico aparato se presenta, pueda apreciarlo tal cual es en sí y deponer su excesivo temor.

La Internacional no es otra cosa que un síntoma de la fiebre revolucionaria que devora á las naciones en estos últimos tiempos; el rastro de una de las múltiples desdichas, que dejan en pos de sí las hondas perturbaciones que sienten los pueblos, sintetizadas siempre en fórmulas especiales.

La igualdad proclamada á fines del siglo inmediato en Francia, hizo que algunos ilusos vieran en Marat el Mesías que anunciaba la regeneracion humana. La escuela sansimoniana se desenvolvió en el mismo país con la revolucion de 1830, y las doctrinas socialistas asomaron tambien allí su soberbia y altanera frente en el movimiento revolucionario del año 48: ¿por qué, pues, ha de sorprender que el fenómeno se haya reproducido despues, en progreso ascendente, en el pavoroso y sangriento drama de la *Commune*? Esto era natural, dada la pasiva é indiferente actitud que han venido observando los Gobiernos.

No deben, pues, las clases propietarias y honradamente laboriosas, que son las productoras verdaderamente, espantarse ni atemorizarse al contemplar las calamidades que, como consecuencia forzosa, se derivan de las conmociones generales que siente la sociedad; sino, por el

contrario, procurar conjurarlas con enérgica decisión y ánimo resuelto. Y deben obrar así hasta por instinto de natural defensa: si vacilan ó tienen miedo, su ruina será inevitable, y los siniestros fulgores de las hogueras que en París redujeron á pavesas los alcázares y monumentos que habia levantado la civilización, serán para esas mismas clases el anuncio de su fin, como lo es para el moribundo la luz que en su agonía tiene el sacerdote en la mano, cuando se prepara á encomendarle el alma, aparte su tan diversa significación.

II

Se cree por algunos que la Internacional es, en el orden especulativo de las ideas, una asociación que tiene un nuevo cuerpo de doctrinas, y que habiendo hecho grandes descubrimientos por medio de peregrinas concepciones filosóficas, viene á plantearlos para operar un cambio radical en la sociedad.

Juzgan otros que esta secta no tiene otro punto objetivo que el desenvolvimiento del principio humanitario en su más vasta y benévola acepción, y que el día en que este se practique según sus aspiraciones, habráse encontrado la panacea universal, que transforme la vida fatigosa que arrastramos en un ameno y delicioso paraíso.

Veamos qué hay de cierto en estas fantásticas ilusiones, y si pueden resistir al más ligero análisis.

Los principios que la Internacional trae escritos en su bandera los tiene juzgados y condenados desde hace mucho tiempo la humanidad; y al hacer esta afirmación, claro es que sostenemos lo que es de todo punto evidente: lo que está al alcance del entendimiento más limitado; esto es, que esa asociación, en su frenesí desbordado durante los pocos años que cuenta de existencia, ha invertido todo el tiempo en lanzar aterradores gritos, sin tomarse el trabajo de inventar un solo dogma, limitándose

á recoger desordenadamente los antiguos que las escuelas disolventes tenían formulados.

Al condenar el principio de familia, bebe en las ponzoñasas fuentes de las obras de Rousseau, en las cuales se proclama que los hijos no están sujetos al padre sino mientras necesitan de él para su conservación, disolviéndose el vínculo natural tan luego como esta necesidad cesa.

Al levantar el pendon del ateismo, copia la Internacional á Roberto Owen, quien, rompiendo en abierta y cínica rebelion contra todas las religiones, llega hasta negar en el hombre la existencia del deber.

Y por último, al combatir la propiedad, blanco privilegiado de sus ataques y de sus iras, revuelve y descompone las doctrinas de Proudhon; que, aunque falsas y absurdas por completo, tienen en mucha parte el mérito del artificio.

No representa, pues, la Internacional, volvemos á decirlo, nada nuevo ni original en materia de doctrinas, y la tabla en que escribe sus principios es una mala copia de los libros antiguos y modernos que en sentido antisocial se han escrito hasta el día.

III

¿En qué, pues, consiste la celebridad que ha alcanzado esta asociacion? No tenemos necesidad de tomarnos el trabajo de contestar á esta pregunta. Semejante tarea la desempeñan cumplidamente sus mismos apóstoles y ardientes partidarios. La celebridad de la Internacional es la que distingue á todos los grandes atentados: celebridad que sube de punto, si van acompañados de escandalosa audacia. Hasta hoy los principios disolventes no habian traspasado la region de las ideas, y no eran por consiguiente perceptibles más que á las clases estúdiosas é ilustradas. Hoy esos principios se han traducido en hechos propios sólo de la más ruda barbarie, y que se creian inverosími-

les bajo el régimen de la civilización; y al contemplarlo las masas ignorantes, han llegado á fascinarse hasta el punto de creer, no solo posible, sino fácil, el planteamiento de aquella república que tan elocuentemente pinta el célebre jurisconsulto romano: esto es, la república de los peces, en que el mayor devora al menor.

«¡Audacia y siempre audacia!» gritaba desaforadamente el ciudadano *Hins* en el congreso de Basilea, parodiando las palabras de Danton. Y no tenía por cierto que esforzarse para demostrar que la audacia es el esencial elemento con que cuenta la Internacional; porque una desatentada colectividad que ha dicho á la faz del mundo que *rechaza toda política fundada en lo que se llama patriotismo, que califica de inmoral el estudio de la Biblia, que condena el ministerio judicial como organización corrompida, que propala haber hecho el Estado, la Iglesia y la clase media una alianza para sostener lo existente, que es una obra de impostura y de ignominia*, con otras manifestaciones de esta índole que sería prolijo enumerar, y que concluye por declarar como *derecho legítimo el de la fuerza*, no necesita repetir un día y otro día que la audacia es su arma principal y más poderosa. Afortunadamente la Providencia, que es la que rige los destinos de la humanidad, ha determinado que la audacia esté muy cerca de la temeridad, y la temeridad mucho más cerca aún de la perdición, á donde violentamente empujan á la Internacional sus propios desafueros. No, no se escupe impunemente al rostro de una sociedad organizada por los principios de la moral; y no otra cosa se hace al execrar la patria, la religión, la propiedad y la familia.

IV

Otro de los medios eficaces con que cuenta la Internacional para realizar sus siniestras aspiraciones es la ignorancia de los que astutamente escoge como afiliados. En

este punto tan interesante para sus fines, la intransigencia ha presentado en toda su desnudez á la hipocresía. Tratándose de crear una asociacion regeneradora, de esperar era que no solo se admitiese, sino que se pidiese con afan, el concurso de las clases que, aunque pobres, fueran ilustradas; pero, léjos de esto, los *obreros del pensamiento* fueron rechazados obstinadamente en el congreso de Ginebra para formar parte de esta asociacion; y si no se dió el escándalo de que fueran excluidos, se debió á las protestas enérgicas de los comisionados ingleses y alemanes. Despues, sin embargo, el principio de exclusion de los que profesan las artes liberales, los trabajos científicos, ha sido proclamado por la Internacional.

Rechazan, pues, los apóstoles de esta nueva secta la ilustracion y los destellos de la ciencia, para alcanzar á mansalva los efectos de la ignorancia. Comenzando por adular á los obreros con el dañado ánimo y deliberada intencion de fanatizarlos, proclaman la emancipacion del trabajo, como si las prestaciones de servicios personales no fueran el producto de la libre voluntad, y hoy no se derivaran siempre de un consensual contrato. Concitándolos á una guerra sin tregua ni descanso contra el capital, se les seduce y engaña hasta el extremo de obligarlos á renunciar al premio de los justificados afanes de su laboriosidad; y lo que es más, se les compele á anatematizar la moralidad que entraña siempre la legítima esperanza.

V

Por fortuna esas clases, cuyos buenos instintos se trata de pervertir, tienen delante de sí ejemplos vivos y elocuentes del justo galardón que alcanza siempre el honrado trabajo, y contra esos ejemplos es imposible que prevalezca la falacia. Sienten además esas clases el movimiento regular y acompasado que lleva el mundo en sus variaciones constantes y ordenadas, movimiento que por regla

general obedece al impulso de la equidad y á la mano de la justicia distributiva. Sin más que estudiar esos cambios, ven que la Providencia es quien los ordena y determina, sin que la voluntad de los hombres ni las leyes que en lo antiguo se establecieron bastasen á clavar la rueda de la fortuna, y á fijar esta de un modo permanente en las familias y en las clases. Escrito en el gran libro de los destinos del mundo que el bienestar y la riqueza han de alternar irremisiblemente entre los seres humanos, y establecido así el debido premio á la inteligente diligencia y al trabajo, la clase obrera puede observar que esta ley inmutable de la naturaleza ni la pudo borrar el derecho escrito, que daba inalienable carácter á los bienes que constituían los antiguos mayorazgos, ni la borrará tampoco la Internacional con sus desatentadas teorías, caso de que pudiesen prevalecer, estableciendo ese absurdo comunismo, que no sería en definitiva otra cosa que la parálisis del movimiento social.

No, las clases trabajadoras no se dejarán ofuscar. Ellas ven, como hemos dicho, ellas palpan los efectos de la suprema justicia que arregla la alternativa constante de los destinos del hombre, sin que sobre esa alternativa hayan podido prevalecer los privilegios nobiliarios, suprimidos ya en nuestros códigos modernos: ellas han podido contemplar con frecuencia que al lado de un mayorazgo reducido á la indigencia por su incuria y sus vicios, se alza un menestral laborioso y honrado que con inteligente afán ha logrado adquirir una importante fortuna; y ellas ven, no existiendo ya bienes fuera de la circulación general ni trabas de ninguna especie, cómo sube y baja eso que vulgarmente se llama el termómetro de la fortuna, y que en realidad no es otra cosa que el merecido premio de la honradez del trabajo y de la perseverante economía.

VI

¡A cuán graves reflexiones se prestan esas maravillosas mudanzas! Apenas pasa una generacion sin que el rico se convierta en pobre y el pobre en rico.

Pues bien: la Internacional, en sus delirios, se propone encadenar tiránicamente el movimiento social, que da vida y existencia al mundo, matar el estímulo de la actividad humana, y hacer de igual condicion al hombre laborioso y honrado y al depravado y holgazan. Esto se halla al alcance de todas las clases; y como en todas ellas los más son los buenos, y los ménos los malos, resultará que al lado de las ideas disolventes y absurdas que proclama esa asociacion, estará, no la mayoría, como se supone, sino una minoría exigua é insignificante.

La guerra á que se concita contra el capital es la guerra al mérito del trabajo, y los medios que se aconsejan para hacerla no pueden dar otro resultado que el de empobrecer más y más al proletario, doblemente interesado en que se abarate la produccion y se ponga al alcance de los reducidos medios con que cuenta para adquirirla. Si con las huelgas se roban brazos á la agricultura ó á la fabricacion, los rendimientos de una y otra se disminuirán; y no abundando en el mercado, su valor será más subido; y como hay que comer y vestir por necesidad, la vida se hará más costosa á las clases poco acomodadas. El antagonismo, pues, entre el capital y el trabajo no se concibe sin una aberracion completa del entendimiento: el primero es hijo del segundo, y este en el orden moral ejerce tan irresistible atraccion sobre aquel, como en el orden fisico la tiene el iman sobre el acero. ¿Qué representa el capital sino el premio legítimo que ha alcanzado una afanosa actividad por medio del constante trabajo? El dia que el lícito y plausible interés dejara de ser, entre otros legítimos, el móvil del corazon humano, no habria en la sociedad

más que parásitos, á quienes, como á los brutos, no se lograría mover más que por el castigo; ese día, lo mismo el movimiento de la inteligencia que el corporal, bajarían hasta cero en el progreso de mejoras y adelantos á que sin cesar camina la sociedad. Y, preciso es decirlo, en ese panorama lleno de fantasmagóricas ilusiones que nos presenta la Internacional, percibimos claramente otra cosa no ménos terrible y desdichada que las que dejamos expuestas.

Reemplazando el capital del individuo por el capital comun, este sería siempre manejado por entidades extrañas de todo punto al interés de su conservacion y fomento, y fácil es inferir el celo que se emplearía en su custodia y administracion. Tendrian, sí, los vocales de esos municipios ó concejos, á quienes estuviera confiado el acervo comun, un punto fijo y seguro de miras; á no ser que la Internacional en su absurdo ideal se propusiera despojarlos de todo pernicioso propósito y convertirlos en ángeles. Ese punto sería el de acumular riqueza compuesta de cosas fungibles y valores muebles, que son los que tienen el raro privilegio de ser exceptuados del anatema que lanza esa asociacion contra la propiedad del suelo, y que podrian ser guardadas ó transportadas á puntos seguros, á donde no hubieran alcanzado las olas del comunismo ni los horrores de la borrasca socialista.

VII

¡Cuán previsores y astutos son en su sistema los apóstoles de la Internacional! El capital imperecedero y que no se puede ocultar, esto es, el que constituye la propiedad del suelo, ese y solo ese es el que se declara comun: el oro que pueda amontonarse en la perturbacion social que se proyecta, se salva del naufragio. Los resultados de tan siniestra combinacion deben estar al alcance del entendimiento más limitado. El rastro que dejaría en

pos de si la Internacional seria de exterminio y desolacion: la propiedad territorial, esquilhada y estéril, y los frutos convertidos en dinero, improvisando fortunas para goce y solaz de los que desde seguro puerto mirarian con desden é indiferencia á los que habian servido de escabel para su improvisada fortuna.

Abran, pues, los ojos las clases trabajadoras, y vean clara y distintamente el cuadro que se les ofrece. Al bosquejarlo no hemos desfigurado sus contornos ni ennegrecido sus tintas: el trazado lo hemos hecho con el pincel de la verdad.

No nos cansaremos de repetirlo: el capital legítimamente adquirido, ó, lo que es lo mismo, la propiedad de todas clases, es la clave que sostiene la armonía de todo el concierto social; y la esperanza, ó mejor dicho las grandes probabilidades que tiene el trabajo de alcanzar aquella y poseerla, constituyen la base y esencial fundamento en que estriba la prosperidad de los pueblos.

Las clases trabajadoras y honradas pueden recorrer todos los dias las ciudades y los pueblos haciendo alto delante de cada casa y estudiar en ella la historia verdadera de esa misma prosperidad que alcanza *siempre* por regla general el trabajo. Allí encontrarán viva y patente la alternativa de fortunas establecida por los inescrutables y sabios designios de la Providencia, alternativa que nos alienta á todos en el camino penoso de la vida, y que forma nuestra legítima esperanza. En un lado verán la morada del que fué rico magnate, pero disipador y holgazán, habitada por el que fué su humilde dependiente, por el que aró sus campos, y que á costa de economías, sudores y trabajo le superó en fortuna. En otro lado podrán contemplar el pobre albergue del laborioso menestral convertido en grande *hotel* ó magnífico palacio, levantado con los productos de su misma inteligente industria, sirviendo tan elocuente y legítima muestra de prosperidad de esti-

mulo á los demas obreros, para redoblar sus esfuerzos con el aliciente de la esperanza.

En una palabra, y para decirlo de una vez, es tan poderosa la ley de las compensaciones que rige á la humanidad, que no transcurre jamas tiempo dilatado sin que se regeneren las clases, se varien las fortunas y se opere en la sociedad un cambio, que alternativamente se reproduce.

VIII

Y en donde hay esta constante é inevitable variacion, en donde las puertas de la prosperidad están abiertas para todos, en donde la actividad y la aplicacion tienen tan vastos horizontes, ¿puede decirse que existe la tiranía, como audazmente afirma la Internacional? Cuando todos pueden ejercitar libremente su inteligencia y sus esfuerzos, cuando todos los dias estamos viendo coronado el fruto del trabajo, no sólo con merecida recompensa, sino con opulento galardón, la tiranía de que habla la Internacional no puede concebirse, esa tiranía es en realidad una invencion.

Las ligeras consideraciones que dejamos expuestas demuestran que sin doctrinas originales ni propias, la Internacional ha rebuscado para presentarlas en desordenado conjunto las que desde muy antiguo las escuelas disolventes han venido formulando: que esta desatentada asociacion no cuenta para realizar sus vituperables aspiraciones más que con su audacia temeraria y con la ignorancia de las clases á quienes desea fascinar y seducir. Confiamos en que su falaz proyecto se estrellará ante el buen instinto de esas mismas clases; puesto que tienen delante de sí las pruebas de los evidentes absurdos, con que se las pretende engañar.

NICOLÁS HURTADO.

¿CÓMO ENTENDERNOS CON ELLOS?

*Apud vos quemadmodum loquar nec
consilium nec oratio suppedilat.*

TIT. LIV.

I

Si fuéramos á razones, poca gracia tendria el triunfar de los enemigos de la sociedad. Pero en el presente estado de las cosas, de temer es que cuanto se diga y se escriba en este sentido resulte tiempo perdido, como sermón que sólo escucharan los que no tienen de qué convertirse, y áun éstos por pura deferencia ó para más confirmarse en la verdad.

Hubo un tiempo en que el error tomaba el hábito de la teoría y de la paradoja, y hasta se presentaba con el manso carácter de sofisma y de inocente ejercicio de ingenio. Nadie lo tomaba por lo sério; desechábase con la sonrisa del desprecio, y el encargado de hacerle callar y hasta de reducirle á retractarse no era otro que el sentido comun. Partíase de principios fijos, de verdaderos axiomas, que nadie ponía en duda sin riesgo de ir á continuar sus especulaciones á una casa de locos. Por tan seguro se tenía entónces que existían verdad y errores, absurdos y teoremas, virtudes y vicios, deberes y trasgresiones de ellos, como que hay luz y tinieblas, calor y frio, placer y dolor. La verdad en el órden moral y metafísico era más respetada y se consideraba más inmutable que en el material; y mejor se comprendía que pudiese existir el mundo sin atraccion y repulsion, sin gravitacion ni otra alguna de las leyes de los cuerpos, que el hombre sin sujecion á las inmutables que regulan sus acciones, y le hacen responsable de todas ellas. Así como la edad y la continua experiencia le hacen maestro en el uso de sus sentidos, y muy advertido al emplearlos, cosas en que acaso no le suelen ceder los otros animales, así tambien la madurez de la razon le hacia distinguir con seguridad lo malo de lo bueno, lo honesto de lo vergonzoso, lo recto de lo inicuo; prerogativa en que principalmente descansa la alta dignidad humana.

¿Quién creeria que habian de llegar dias en que el hombre pugnaria por abdicar esa misma dignidad, quedándose á solas

con los instintos animales, ó fingiendo quedarse así degradado y envilecido para mejor poderse entregar á ellos?—En vano es ya observar que cada generacion y cada familia é individuo son naturalmente depositarios de las dotes y facultades de la especie, y encargados de transmitirlos, no sólo íntegros, sino más desarrollados y perfeccionados, á las generaciones venideras. Un brutal egoismo—y no se extrañará que para ciertas cosas se recurra á ciertas frases y palabras—va reduciendo al hombre á su propia individualidad; su privilegiado ser á su boca y á su vientre; su vida al actual momento, sin otra esperanza, ni porvenir, ni casi deseo. Y es tal de insensato, éste que podria llamarse sistema de universal degradacion, que impide comprender las dos fatales consecuencias que de él han de provenir inevitablemente. La imposibilidad para el hombre de satisfacer ninguno de sus instintos, no digamos dignos y elevados, sino hasta los materiales, los de la propia conservacion; y la próxima, inmediata reduccion y no lejana extincion de la especie humana. Y como son estas cosas que á todos interesan, y que no podrán ser indiferentes ni aún para los trastornadores de la sociedad, no parece trabajo perdido, ni especulacion mal empleada, ni atencion mal puesta, los que se empleen en profundizar estas mismas tan graves consecuencias, y en demostrar que la innovacion, la destruccion moral las ha de producir forzosamente; y que los que á ellas se dedican y en ellas se emplean con tanto ahinco, lo hacen á sabiendas de que conducen al género humano, por medio de las más inauditas miserias, á su total y definitiva extincion. A patentizarlo vamos á dedicar algunos momentos, no con grande esperanza de hacer conversiones, pero sí con la seguridad de hacer inexcusables ciertos errores.

II

Ante todo es necesario convenir en que el vulgo, capaz con acertada direccion de hacer cosas tan grandes, ni con direccion ni sin ella quiere ni puede *pensar*, y está pidiendo á todas horas el socorro, la limosna *del pensamiento ya hecho*, ya sazonado, ya formulado por otro. De aquí la inmensa responsabilidad de los que *comercian en pensamientos para el vulgo*, el que, al adoptarlos ó desecharlos, no suele emplear otro criterio que el del niño al ele-

gir juguetes en una tienda de tiroleses. «Este dice verdades como puños,» exclama cuando deletrea, ó cuando más silabea discursos en que ve halagadas sus propias malicias y envidias, y defendidas novedades, sean ó no posibles, que lisonjean á sus mal domados instintos. Ni le ocurre dudar sobre si aquello es mal ó bien: una especie de corriente simpática le atrae, le fascina, le pega á su corruptor, y hace que le dé la razon en todo, prurumpiendo en exclamaciones como estas: «¡Por fin, tenemos ya tambien amigos los pobres, y amigos que se desvelen por nuestro bien!» Dificil es ganarse la voluntad del vulgo predicándole verdades, al paso que la subyuga de seguro quien le suministra paradojas y lisonjas; y gracias si el escarmiento mismo le convierte; que tienen mil medios sus aduladores de convencerle de que el ensayo salió *mal*, porque no fué tan radical y tan *malo* como convenia. No desconocemos, pues, la desventaja con que entramos en estas cuestiones. Figurémonos un colegio de chicos fundado sobre la base de que en todo se habian de dirigir y gobernar ellos por su propio convencimiento y por mayoría de votos. Penetremos en el gran patio destinado á su recreo, y en que á un mismo tiempo se está jugando á cuanto se puede jugar en el mundo; y supongamos que á una ventana se asoma cierto orador que los exhorta á dejar la recreacion y ponerse á estudiar la tabla pitagórica ó un capítulo de gramática; y á la ventana de enfrente sale otro predicando las alabanzas del juego de pelota, ó explicando la teoría de una perpetua diversion... ¿De cuál de los dos oradores será la palma?—Conocida nuestra desfavorable situacion, entremos, sin embargo, en materia.

«Nada que signifique sujecion ó dependencia; éstas paran en esclavitud más ó ménos disimulada; que las defiendan los que se crean llamados á dominar; los que no, que defiendan la libertad en todo.—No hay Ser supremo; ni el caos, ni el acaso, ni los átomos nos hacen falta para nuestra filosofía. ¿Religion, culto?... Tiempo perdido, entretenimiento ocioso. ¿Moral? Grillos y cadenas para no poderse mover. Si todos conviniesen en observarla, todavia podría pasar, y tendríamos un mundo tan arregladito como un convento de monjas. ¿Me cumple, me aprovecha, me gusta? Este es el criterio.—No hay familia, ni para qué formarla; y, mejor dicho, que la formen los que quieran, los

»débiles, los tímidos. Animales hay con ella y sin ella: el hombre debe poder escoger; para eso es libre.—No hay propiedad: lo que hay es posesion; es decir, el hecho de tener agarrada fuertemente cada cosa. La tierra es de todos y de ninguno; que la invada ó que la defienda el que tenga más fuerza.—No hay patria: lo que existe son denominaciones de las localidades: buena prueba de que todo esto no pasa de un fantasma es que puedo vivir con un pié en España y otro en Francia, y dormir con la cabeza descansando en una provincia de la primera y el cuerpo en un departamento de la otra.—No hay sociedad, ó sólo debe subsistir aquella en que yo pueda entrar y salir cuando y como me convenga.—No hay leyes, puesto que para ser respetables y obligatorias, deberían provenir directamente del que hubiese de observarlas. No hay que titubear; es preciso decir toda la verdad; no existen obligaciones ni deberes, ni tampoco faltas, ni excesos, ni delitos.—La literatura, las artes y sus obras y vistosas creaciones no son otra cosa que ingeniosos y seductores medios discurridos para distraer á los hombres y alejarlos de pensar en sus verdaderos intereses.—Todo lujo, todo uso y empleo de lo superfluo, es un atentado contra la humanidad, escarnio del pobre y mofa de su desnudez. En tanto que exista un solo miserable que no tenga pan, es poco ménos que antropófago el que sabiéndolo—y esto lo sabemos todos á todas horas—se regala con manjares ó viandas exquisitas.—Un orador, es peligroso seductor; un filósofo, especulador ocioso; un poeta, fanático embustero; un legislador, ambicioso dominador; un abogado, sacerdote de la discordia; un médico, testigo y complemento de nuestras miserias; un mecánico ingeniero, idólatra de los hierros y de los tornillos, al paso que enemigo del benéfico trabajo; un sábio, maniático holgazan; un erudito, laborioso mal entretenido; un... un... No hay otra profesion ni otra ciencia que las que conduzcan á restituir al hombre la igualdad; la sencillez, la felicidad primitivas, cueste lo que cueste. Esta es la verdadera ciencia: la ciencia de *los muchos*, contra el egoismo de *los pocos*.—Hé aquí un curso completo de filosofia moderna negativa. Me parece que nos entendemos.

Ahora démoslo todo por conseguido, por establecido universalmente, como órden, este fundamental desórden. Recorramos,

observemos este nuevo mundo creado á costa de tanto trastorno. Fijémonos en un pueblo... ¡qué digo! si ya no habria pueblos: los hombres, las familias se agrupan para protegerse, para auxiliarse; para exterminarse, no. Y aquí se encuentra como detenida nuestra pluma; no puede continuar, como hasta ahora, desembarazadamente. Al error le es permitido cuanto conduzca á pervertir y engañar: para tan mal fin todos los medios son iguales; los legitima, digámoslo así, la misma dañada intencion. La verdad no puede presentarse sola ni desnuda: para salir á la calle necesita la compañía de la prudencia y el velo de la decencia. ¡Bueno estaria que al trazar, con la mejor intencion, el cuadro de las iniquidades y absurdos en que á sabiendas é intencionadamente incurren los destructores de la sociedad, presentáramos al descubierto los profundos misterios del mal, ó apuntáramos acaso algun secreto abominable en que no hubiese caido la misma perversidad hasta ahora! Sin embargo, algo es preciso indicar, no imagine cualquiera que de ligero y apasionados es como hemos presentado calificaciones tan duras. Hay que repetirlo: con el mero ensayo de las doctrinas que impugnamos y abominamos, vendrian sobre la desventurada humanidad infinitas é inauditas miserias. Su enumeracion es materia inagotable.

Porque, en efecto, no solo se encaminarian los hombres al estado de guerra perpetua y continua de todos contra todos, y de cada uno contra cada uno, presentado por Hobbes como precedente que hizo necesaria la sociedad, sino que para tan funesto cambio habian de empezar renunciando á las dulzuras de la paz, de la tranquilidad, de la proteccion mutua y del bienestar, ya conocidas y espermentadas. Amargo, insufrible cambio á que no es de creer se sometiesen los trastornadores mismos con tanta facilidad y serenidad como aparentan. Preguntemos, si no, á cada uno, qué es lo que iba á renunciar en el órden moral y en el fisico, y qué es lo que se proporcionaria en compensacion de tamaños sacrificios. Comparacion necesaria, indispensable, como que tratamos con los que proclaman ser en todo el único móvil apreciable *el provecho*.

Mira tú, miserable mendigo, enfermo, de todos despreciado ó por todos mirado con indiferencia, si no con repugnancia, dime, ¿qué vas á perder el dia en que por fin quede disuelta la socie-

dad, y cada cual consiga toda la libertad que puede concebirse en un mundo de hombres, por tan extraño camino absoluta é ilimitadamente libres? Y de propósito hemos escogido para dirigirle esta pregunta, el más miserable de los hombres, al que nada tiene que perder.—«Yo nada tendria, lo mismo que ahora,—será la respuesta;—ni á quién pedir, porque no concibo que en tal estado, si fuese posible, nadie pudiese tener sobrantes; y si alguien los tuviera, se guardaria bien de que se lo conociesen; fuera de que, abolida la caridad, y la virtud y la esperanza de premio en esta vida ni en otra, negada la Providencia, no sé qué nombre mereceria la que hoy se llama beneficencia y generosidad. Si al ménos se respetase la sociedad, parece que todos quedaríamos iguales, y sujetos á racion y rancho; por más que se haga duro de comprender quiénes habian de ser los contribuyentes para saldar tan enorme presupuesto, y quiénes los administradores y repartidores de las raciones y de los uniformes. Triste es mi suerte; en todos los idiomas, *pobre y desventurado* son una misma cosa. Si me alimento es con las revueltas sobras de la comida de los otros; si me albergo, es en algun mal guardado rincon; si visto, es recogiendo y adaptando á este misero cuerpo todos los andrajos y despojos... Pero bien conozco que así, dispersos como animales silvestres y peor, los hombres, ni sobras, ni rincones, ni harapos habíanse de encontrar. Los fuertes, los robustos, puede que medraran con el cambio; que los pobres y débiles como yo, no llegaríamos nunca á tiempo. Si para otros serviria de algun consuelo eso de poder decir: ya todos somos igualmente miserables; por mi parte, confieso que tan ruin consideracion acaso serviria de *abrigo á la envidia, no al estómago ni al cuerpo*. Mire V., para decirlo todo de una vez, cómo se me hace imposible de creer que haya una secta ó partido que se proponga por objeto el acercar el fin del mundo, por más que haya de ser imponente espectáculo ese del universal derribo, puesto que no tendrian en dónde guarecerse los espectadores; y como en este bajo mundo lo peor que tenemos es que ni las cosas ni los hombres suelen llevar el nombre que merecen y mejor les cuadraria, yo tengo para mí que los apóstoles de la destruccion universal no aspiran á la reforma de los abusos, ni á ninguna reforma, no se proponen reconstituciones ni

»equitativas distribuciones del bien y del mal, ni son utopistas, ni fanáticos, ni visionarios....» — ¿Pues qué son? — «Hombres muy positivos y muy prácticos; adoradores de la confusion como objeto, *idólatras del radical universal BARULLO!* Más devotos ha tenido y tiene este *santo* de lo que generalmente se piensa; sólo que hoy están formados y disciplinados—ó, como ahora se dice, organizados—y lo raro es que los apóstoles de la general disolucion, son allá entre sí modelos de subordinacion y de obediencia. Del fin que llevan, no hablemos; ellos se lo saben y yo no lo ignoro; baste decir que son, repito, *idólatras del BARULLO.* De cuyo apetecible, felicísimo estado, nadie ignora quiénes desean y pueden aprovecharse.» Tan claro es todo esto, que se le alcanza al último mendigo. ¿Qué seria si estuviésemos en el íntimo secreto de los fundadores y directores de tan horrible secta?

(Se continuará.)

FRANCISCO CUTANDA.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA PRIMERA

Apreciable Juan: Te he oído afirmar como verdades tantos y tan graves errores económicos, que no puedo ni creo que debo resistir al deseo de rectificarlos. Para que tú me oyeses sin prevencion, quisiera que te persuadieras de que te hablo con amor, de que me duelen tus dolores, y de que no soy de los que se apresuran á calificar tus males de inevitables, por evitarse el trabajo de buscarles remedio. A este propósito voy á repetirte lo que te dije en otra ocasion (1), porque tengo fundados motivos para creer que no lo has oído.

«Te engañan, pobre pueblo; te extravian, te pierden. Derraman sobre tí la adulacion, el error y la mentira, y cada gota de esta lluvia infernal hace brotar una mala pasion, ó corroe un sano principio. Cuando, impulsado por el huracan de tus iras; te lanzas sin brújula á un mar tempestuoso que desconoces, en lugar de las armonías que te ofrecian, oyes la voz del trueno, y á la luz del rayo ves los escollos y los abismos en que se han tro-

(1) *Á los vencedores y á los vencidos*, opúsculo publicado despues de la insurreccion republicana el año de 1869.

»cado aquellas deliciosas mansiones que te ofrecian, y vislumbrabas en sueños.

»Han acostumbrado tus oidos á palabras falaces, y acaso no escuches las verdades que voy á decirte, porque te parezcan amargas; pero créeme: cuando la verdad parece amarga, es que el alma está enferma, como lo está el cuerpo si le repugnan los alimentos que deben nutrirle. Yo no he calumniado á los que aborreces; no he lisonjeado tus pasiones; no he aplaudido tus extravíos: pero te amo y te compadezco siempre, y si no te he dado ostentosamente la mano en la plaza pública, la he colocado sobre la frente de tus hijos, que la inclinaban humillados en la prision, ó la dejaban caer en la dura almohada del hospital. Mi amistad no ha brotado de tu poder, sino de tus dolores; soy tu amiga de ayer, de hoy, de mañana, de siempre; mi corazón está contigo para aplaudirte cuando obras bien, para censurarte cuando obras mal, para sufrir cuando sufres, para llorar cuando lloras, para avergonzarme cuando faltas... Aunque mis palabras te parezcan duras, espero que dirás en tu corazón: —Esa es la voz de un amigo.»

Si esto dices, dirás verdad, y escucharás sin prevencion, que es todo lo que necesito.

Esta mi primera carta va encaminada á disuadirte de recurrir á la violencia, y á probarte cuánto te equivocas creyendo que puedes promover trastornos y tomar parte en rebeliones, sin perjuicio tuyo, *porque no tienes nada que perder.*

Si alguna vez te enseñan historia, Juan, historia verdadera, y no la desfigurada para que se encajone en un sistema ó le sirva de apoyo, entonces verás que la violencia no ha destruido una sola idea fecunda, ni planteado ninguna irrealizable. Y esto sin saber historia puedes comprenderlo, porque ya se te alcanza que la violencia no puede hacer milagros, y sería uno que la fuerza aniquilase una verdad ó diera vida á un error. Está por escribir un libro muy útil, que se llamará cuando se escriba: *La debilidad de la fuerza.*

La fuerza que se sostiene, es porque está sostenida por la opinion, porque es como su representante armado. Si contra ella quiere luchar, cae; si la fuerza apoya injusticias, es porque en la opinion hay errores: rectificarlos es desarmarla.

Tú dices: ¿por qué no he de emplear la fuerza para hacer valer mi derecho? Prueba que lo es; que aparezca claro, y triunfará sin recurrir á las armas, que no han salvado nunca ninguno; y si esta prueba no haces, y si este convencimiento no generalizas, con razon ó sin ella, serás víctima de la violencia á que apelas. La fuerza contra el derecho reconocido, *reconocido*, ¿lo entiendes? se llama *violencia*, séalo ó no, y se detesta, y se combate y se derriba. La violencia, si viene de arriba, no puede durar mucho; si viene de abajo, acaba ántes, porque tiene ménos arte, ménos miramiento, ménos hipocresía; prescinde de toda apariencia, y rompiendo todo freno, se desboca y se estrella: la tiranía de las masas es terrible como una tempestad, y como una tempestad pasa.

Hablando de la libertad política, te decia:

«¡Las armas! ¿Cuándo nos convenceremos de que detras de una masa de hombres armados hay siempre un error, un crimen ó una debilidad? ¿Cuándo nos convenceremos de que la opinion es la verdadera guardadora de los derechos, y que los ejércitos la obedecen como el brazo á la voluntad? ¿Cuándo enseñaremos al pueblo que las cadenas se rompen con ideas y no á bayonetazos; que ese fusil con el que imagina defender su derecho, se cambia fácilmente en auxiliar de su cólera, y que desde el instante en que se convierte en instrumento de la pasion, allana los caminos del despotismo (1)?»

Y si esto es verdad en las cuestiones políticas; ¿qué no será en las económicas, cuyas leyes inflexibles no se dejan modificar ni un momento por ninguna especie de coaccion? Pero no anticipemos: hoy sólo me he propuesto exhortarte á que encomiendes tu derecho á tu razon, y no á tus manos; y á que no incurras en el error de que los trastornos no te perjudican *porque no tienes que perder*. Veamos si no.

Eres jornalero. No tienes propiedad alguna. Si no hay contribucion de consumos, no pagas contribucion. Puedes incendiar, destruir caminos, telégrafos y puentes, sin que te pare perjuicio. Si se imponen más tributos, otro los satisfará; si se dejan de cubrir las obligaciones del Estado, poco te importa, no cobras un real del presupuesto. Puedes hacer daño, mucho daño á los otros, sin que te resulte ningun mal. ¡Error grave, blasfemia impía de

(1) *Á los vencedores y á los vencidos.*

la ignorancia! Nadie hace mal ni bien sin que le toque una parte; así lo ha dispuesto la admirable providencia de Dios.

Para reparar los caminos, los puentes, los telégrafos destruidos, hay que aumentar los impuestos ó dejar desatendidas otras obligaciones.

En la lucha han muerto muchos combatientes: en vez de disminuir el ejército hay que aumentarle: los que tronaban contra los soldados y contra las quintas, quieren quintas y soldados, porque han cobrado miedo al robo, al incendio, al asesinato, á la destruccion llevada á cabo por las masas; á lo que se llama, en fin, el reinado de la demagogia. De resultas de todo esto, tu hijo, que debia quedarse en casa ayudándote, va á ser soldado.

La destruccion de los caminos dificulta los trasportes, los hace imposibles por algun tiempo; los artículos suben; tienes que pagarlos más caros.

Cuando no hay seguridad completa ni en los caminos ni en las ciudades, muchos capitales se retiran; los que continúan en las especulaciones mercantiles é industriales sacan mayor rédito, por el mayor riesgo y la menor concurrencia. Esto se traduce en carestía para ti.

El que tiene tierras, el que fabrica el pan, el que vende la carne, el que teje el lienzo, el que hace los zapatos, se ven abrumados por las contribuciones, aumentadas para reparar tantos daños y mantener tantos soldados, y te venden más caros por esta razon el pan, la carne y los zapatos.

Los ricos huyen de un país en que no hay seguridad, ni paz, ni sosiego; van á gastar al extranjero sus rentas; los capitales emigran ó se esconden; no se hacen obras, y no tienes trabajo.

Imploras la caridad pública; pero por la misma razon que hay poco trabajo, hay poca limosna; y ¡quién sabe si la caridad no se resfria para ti, diciendo que tu desgracia es obra tuya, y mirándola como un justo castigo!

Enfermas y tienes que ir al hospital. La pobreza y el desorden del Estado se refleja allí de una manera bien triste; no hay ni lo más indispensable, y sufres horribilmente, y tal vez sucumbes de tu enfermedad, que era curable, ó de una fiebre hospitalaria, consecuencia de la acumulacion y el abandono, de la falta de caridad y de recursos.

Cuando las contribuciones son desproporcionadas, ¿á quién abruman principalmente?—A los pobres.

Cuando el hospital carece de recursos, ¿quiénes sufren en él, además de la enfermedad, las consecuencias de la penuria?—Los pobres.

Cuando no prospera la agricultura, ni la industria, ni el comercio, ¿quiénes emigran á remotos y mortíferos climas, de donde no vuelven?—Los pobres.

Cuando no se paga á los maestros y no enseñan, ¿sobre quién recaen de una manera más fatal las consecuencias de la ignorancia?—Sobre los pobres.

Cuando se enciende la guerra, ¿qué sangre corre principalmente en ella?—La sangre de los pobres.

Y todavía dirás, Juan, y creerás á los que te digan que no estás interesado en el orden porque no tienes que perder. ¿Qué entendéis por *perder*, ó qué entendéis por *orden*?

Si el tiempo que se ha empleado en declamaciones huecas, absurdas ó fuera de tu alcance, se hubiera invertido en enseñarte verdades sencillas, sabrías que cuando destruyes cualquier valor, tu propia riqueza destruyes; que cuando te esfuerzas por perder á los otros, trabajas para quedar perdido; que cuando enciendes una hoguera para arrojar en ella los títulos de propiedad, has de apagarla ¡desventurado! con tus lágrimas y con tu sangre.

A poco tiempo que lo reflexiones, la verdad será para tí evidente. El pobre tiene lo preciso, lo puramente preciso para no sufrir hambre y frío; al menor trastorno que le quita un día de jornal, que rebaja el precio de su trabajo ó aumenta el de los objetos que consume, carece de lo más indispensable, y su pobreza se convierte en miseria. El rico pierde cien reales ó cien duros, cuando él pierde un solo real; pero la falta de este real significa para el pobre carencia de pan, y la falta de los cien duros significa para el rico la privación de alguna cosa superflua. Todos navegan por el mar de los acontecimientos; pero el fuerte oleaje que en el bajel del rico produce solo un gran balanceo, sumerge tu barquilla. Para que puedas mejorarla, Juan, de modo que sea más cómoda y segura, necesitas calma, mucha calma: ¿cómo has podido creer que está en tu interés el levantar tempestades?

SECCION HISTÓRICA

COMUNISMO

III

La influencia que ejercieron las ideas de Licurgo sobre los reformadores y publicistas de la antigüedad, resalta en las utopías de Diógenes, Zenon y otros filósofos. El mejor y más celebre de sus discípulos fué sin disputa Platon. La república de éste, que nunca pasó de la esfera de las abstracciones, está vaciada en el molde del comunismo lacedemonio. Nada importa que el filósofo ateniense no aceptase algunos de los preceptos, reglamentos y disposiciones legislativas del maestro. Su plan se funda igualmente en la absorcion del individuo por la sociedad y en cierto conjunto de clases, arbitrariamente distribuidas, que reproduce un comunismo de casta, donde desaparece la existencia personal. Platon admite y recomienda la mancomunidad en el uso y posesion de las mujeres, bajo el original pretesto de que los hijos no pertenecen á esta ó aquella familia, sino al Estado. Su sistema, que echa por tierra los eternos principios del mundo moral, hubiera favorecido, como al fin resultó del de Licurgo, la corrupcion de las costumbres y la impunidad del vicio, condecorado con el falso nombre de virtud.

Tambien Rousseau, á pesar de haber florecido en una época tan distante, tan diferente de aquella en que legisló Licurgo, se inspiró, tal vez sin advertirlo, y hasta donde era posible, con las ideas del legislador de Esparta, á quien califica de alma grande y de sublime ingenio. Dominado por la funesta manía de que la civilizacion, lejos de mejorar, pervierte y desnaturaliza al hombre, tema de su discurso, premiado por la Academia de Dijon; persuadido, bajo el influjo de una alucinacion lamentable, de que *todo sale bien de manos del Criador y se desfigura en las del hombre*, trazó en su obra del *Contrato social* las bases de una especie de comunismo *sui generis*, cuyas consecuencias le llevaron á descomponer al individuo para formar con todas y cada una de sus facultades una colectividad omnipotente. Partiendo de aquí se declara contra las asociaciones parciales, con lo cual combate implícitamente la familia, que no es más que una asociacion parcial dentro del Estado.

Cada individuo, segun Rousseau, al entrar en la sociedad civil, adjudica completamente y sin reserva todos sus derechos á la comunidad, convirtiendo su existencia parcial en una vida colectiva. Para paliar en cierto modo un abandono tan absoluto, supone que el soberano, esto es, el poder social, no puede perjudicar ni al conjunto de sus miembros, ni á ninguno de ellos en par-

ticular; que despojándose cada cual de sus respectivos derechos, el resultado viene á ser igual para todos; que sometiendo á todos, ninguno se somete á otro en particular, y finalmente que cada uno adquiere sobre el resto de los coasociados la suma de derechos que les cede, y gana el equivalente de lo que pierde, con mayor fuerza para conservar lo que le corresponde.

Benjamin Constant, alarmado de las consecuencias lógicas de tales premisas comunistas, se encarga de contestar al filósofo de Ginebra en estos términos: «La cesion que se hace en nombre de todos, viniendo á redundar de grado ó por fuerza en beneficio de uno solo ó de pocos, resulta que, entregándose cada cual á todos, deja de ser cierto que no se someta á nadie. Al contrario, nos ponemos á disposicion de aquellos que obren en nombre de todos. Abandonando por completo nuestra personalidad, es falso que nos impongamos una condicion igual para todos, puesto que solo unos cuantos han de aprovecharse del sacrificio de la generalidad; es falso que nadie deje de tener interés en hacer el contrato oneroso para los demas; puesto que ha de haber tales ó cuales individuos fuera de la regla comun; es falso que todos adquieran los mismos derechos que ceden, puesto que en realidad no ganan el equivalente de los que pierden, y el resultado de los que abdican es ó puede ser la ereccion de una fuerza superior que les despoje de aquellos que posean.»

En efecto, Rousseau olvidaba, en medio de sus abstracciones, que los atributos preservadores que confiere al ente moral, á quien llama el *Soberano*, desaparecerian tan pronto como se procediese á la organizacion práctica del gobierno, y que, lejos de servir de garantía, favorecerian el despotismo, á causa de que siendo materialmente imposible que todo un pueblo pueda gobernarse á si mismo, pasarian á manos de uno ó más individuos, bajo cuyo dominio quedarian los demas para siempre sometidos. Rousseau hubo sin duda de temer las peligrosas deducciones á que conduciria esta doctrina; pero no acertando á conciliar la monstruosa autoridad creada por su fantasía, con el ejercicio práctico de ella, concluyó con que la soberanía no podia enajenarse, ni delegarse, ni representarse. Así de una plumada destruyó él mismo su metafísico sistema de organizacion social, y dió en tierra con el coloso que habia forjado.

Seducido el filósofo ginebrino, á pesar de su indisputable capacidad, por las contradictorias paradojas de que se alimentaba durante los sueños de su misantropía, desconoció que ningun pacto espreso, ninguna convencion formal, por el estilo de su metafísico contrato, precede, ni ha precedido nunca, á la constitucion de las sociedades humanas. Formáronse estas en el orden de los tiempos por agregaciones más ó ménos numerosas de familias, debidas á nuestra irresistible propension á la sociabilidad. El hombre entra en ellas, no como un guarismo invariable para componer una suma total, sino con los varios estímulos y contrapuestos afectos, inherentes á nuestra imperfecta y compleja condicion; con el germen de todos los derechos y deberes que resi-

de en la conciencia humana. La sociedad no tiene por objeto suprimir ni conceder derechos, sino regular en interés común el ejercicio de aquellos que pertenecen á toda criatura libre y racional, para que su accion no degeneré en violencia, ni traspase los límites trazados por la justicia. Las nociones acerca del orden civil, del gobierno y de la autoridad, son ideas correlativas que vinieron despues, pero no de pronto, como Minerva salió del cerebro de Júpiter, ni *á priori*, en virtud de estipulaciones celebradas en el estado de la naturaleza.

Todas las instituciones humanas proceden del individuo y son un resultado inevitable de sus necesidades físicas y morales. En el estudio analítico de su personalidad, como ente social, religioso y perfeccionable, se encuentra la solución de todos los graves problemas que nos ocupan.

¿Qué es el matrimonio? El hombre que se completa.

¿Qué es la familia? El hombre que se multiplica.

¿Qué es la sociedad? El hombre que se une á sus semejantes, como un medio para realizar sus destinos en el fin de la creación.

¿Qué es el culto? El hombre en sus relaciones con la divinidad.

¿Qué es el gobierno? El hombre que se subordina.

¿Qué es la ley? El hombre que se reglamenta.

¿Qué son las varias edades de los pueblos? El hombre que pasa de la infancia á la adolescencia, de la adolescencia á la pubertad, de la pubertad á la edad viril.

¿Qué es el progreso de las naciones? El hombre que adelanta, se mejora y perfecciona.

¿Qué es la decadencia de los Estados? El hombre que decae, se debilita, envejece y muere.

¿Qué es el género humano? El hombre prolongado hasta la consumación de los siglos.

La union de los dos sexos, cuyo misterioso contrato acompaña la naturaleza con los más esquisitos incentivos, como para solemnizarle, lleva consigo el gérmen procreador y fecundo de la sociedad humana. Del amor conyugal nace primero el amor paterno, más tarde el cariño y respeto filiales, y esta série de afectos y pasiones que atesora el corazón humano, combinados con los instintos de la propia conservación, dulcifica tarde ó temprano la ferocidad del carácter, despierta poco á poco la necesidad de la asociación, inclina el ánimo á la amistad, engendra recíprocas relaciones, y prepara el camino para la congregación de las familias, de donde proceden los pueblos, los Estados, las naciones.

La sociedad humana se funda y descansa en cuatro elementos indispensables para su constitución y existencia; á saber: el instinto de la propia conservación, el principio de autoridad, el sentimiento religioso y el derecho de propiedad.

El instinto de conservación hace que se reúnan, concierten y sumen las voluntades individuales, para contrarrestar los ataques y usurpaciones de la fuerza bruta.

Sin el principio de autoridad, que es una garantía de orden y

un escudo de los intereses existentes, nadie obedecería; todos querrian mandar, y la sociedad, entregada á los horrores de la anarquía y los excesos de la licencia, se disolvería al cabo en medio de prolongadas y sangrientas convulsiones.

Del sentimiento religioso, sobre todo del que inspira el catolicismo, fuente de piedad y amor; de ese sentimiento tan necesario para la vida del alma, como el agua y el alimento para la del cuerpo, proceden las nociones morales de la sociedad humana, que despiertan en el hombre la conciencia, tribunal interior que le juzga, le absuelve ó le condena, segun sus obras, y elevando su ánimo á la contemplacion de la divinidad, de quien espera el premio ó el castigo, le infunde resignacion para soportar las injusticias ajenas, le proporciona consuelos en la adversidad, y le hace someterse de buen grado á la disciplina social, cuya accion afirma y robustece los poderes públicos. Con razon creia Robespierre que si Dios no existiese, sería preciso inventarlo.

El derecho de propiedad, ó sea el derecho á usar y disponer de los bienes adquiridos ó heredados, del fruto de nuestra industria, de los productos de nuestro trabajo, afianza los vínculos sociales, y da mayor fuerza á la autoridad constituida, porque necesita su defensa y proteccion para no ser desconocido y conculcado por los parásitos que viven del vandalismo y la espoliacion.

(Se continuará.)

FERNANDO CORRADI.

La abundancia de originales nos ha impedido insertar en este número, segun teniamos ofrecido, la Memoria y la ley sobre guarderia rural, complemento del artículo inserto en el número anterior, titulado «Defensa de la propiedad y de las personas en despoblado.»

CRÓNICA Y VARIEDADES

Dice un despacho telegráfico.—DUBLIN 8. Los internacionalistas han intentado celebrar hoy un meeting, pero no lo han conseguido. Varios obreros, contrarios á dicha asociacion, penetraron en la sala donde iba á verificarse la reunion, expulsando á los asistentes á viva fuerza.

La Internacional habia convocado á una reunion que debia celebrarse en Zaragoza, donde se anunció con grandes carteles impresos con tinta roja. Muchos curiosos y bastantes internacionalistas acudieron al salon de Novedades; pero, segun refiere el *Diario de Avisos* de aquella capital, apenas se habia abierto la sesion, el inspector jefe de policia, acompañado de otro individuo del mismo cuerpo, se acercó á la mesa para prohibir la reunion en nombre de la ley. Al levantarse para decirlo así el mismo que ántes habia usado de la palabra, hubo un momento de

confusion; muchos de los concurrentes se lanzaron á las puertas del local; algunos aplaudieron, otros silbaron, hasta que, al poco tiempo, se restableció la calma, y despues de oír leer una protesta, los que quedaban en el salon lo fueron desalojando con órden. Los internacionalistas salieron por la puerta accesoría que da á la calle del Azoque.

Con motivo de la reunion hubo alguna alarma en la ciudad; y en varias calles, corridas; pero á las cuatro y media de la tarde Zaragoza estaba tranquila, y no quedaban más que grupos de curiosos en la calle de la Independencia.

Despues de lo que ántes decimos sobre la disolucion de la reunion internacionalista de Zaragoza, nada de particular ha ocurrido. Fueron disolviéndose poco á poco los grupos que quedaban en el salon de Santa Engracia, y nadie volvió á ocuparse ya de la Internacional ni de sus reuniones.

Renunciamos á insertar hoy el insensato manifiesto de los despechados internacionalistas con motivo del fracaso de su anunciado congreso.

Un despacho de Dresde anuncia que el gobierno sajón está decidido á tomar medidas enérgicas para suprimir la organizacion del partido democrático socialista y las asociaciones obreras. El despacho añade, no obstante, que esa organizacion es tan fuerte, que el efecto de esas medidas vendrá á ser nulo.

Además, las diferentes asociaciones democráticas socialistas de Alemania tienden á unificarse cada vez más. Un meeting de trabajadores demócratas socialistas celebrado el 31 de Marzo en Nuremberg, votó con motivo de la causa sobre traicion seguida contra Bebel, Liebuecht y Hepner, las tres resoluciones siguientes:

1.^a La Asamblea participa por completo de las opiniones y de los sentimientos de los acusados implicados en este asunto, y les expresa toda su simpatía y todo su reconocimiento por su enérgica actitud.

2.^a La Asamblea tiene la completa conviccion de que el partido de los trabajadores demócratas socialistas continuará en adelante, como en lo pasado, sosteniendo y afirmando sus principios en todas partes y contra todos.

3.^a Expresa la conviccion de que este partido se considera obligado á proveer á la subsistencia de las familias de los sentenciados.

Dice *La Patrie* de París, que en Italia, en una fábrica donde los trabajadores son garibaldinos y mazzinianos, se ha rechazado el concurso de la Internacional, y que trabajadores belgas han organizado para las fiestas de Pascua dos grandes meetings anti-internacionalistas.

Quando la Internacional acabe de ser conocida, será por todos rechazada.

Parece que el gobierno francés se halla muy preocupado con las tentativas que hacen los agentes de la Internacional para organizar huelgas rurales, y se muestra decidido á obrar enérgicamente contra los que incurran en las prescripciones de la ley votada recientemente. Al efecto se han trasmitido órdenes especiales á los prefectos y á los procuradores generales.